

Las catacumbas creadoras de María Zambrano

Jorge Luis Arcos

Los casi catorce años que dura el exilio de María Zambrano en América y señaladamente en Cuba (1939-1953) constituyen una suerte de descenso a los ínferos, su *senda órfico pitagórica*, su estancia en las catacumbas de la conciencia. El 5 de noviembre de 1941 le escribe a Virgilio Piñera desde Puerto Rico, cuando aquel viaja desde Cuba a la Argentina: “Yo he preferido estas islitas sin embargo o tal vez por eso mismo, pues el mejor europeo de hoy, es decir, la mejor vocación europea, creo que es la de las catacumbas, y es desde luego la que yo tengo”¹. Y “Las catacumbas”² fue el título de uno de sus ensayos publicados en La Habana en 1942. No es por azar entonces que fuera en estas tierras donde se consolida la orientación final que tomará su pensamiento. Luego de su trágica experiencia de la Historia: fracaso de la República española, y el abismo que se abre en el pensamiento europeo con la Segunda Guerra Mundial, se refuerza su desconfianza de la Razón, de la gran tradición de los sistemas filosóficos occidentales, y se le hace más patente que tiene que transformar su pensamiento para acceder a otro tipo de sabiduría: saber de reconciliación o razón poética, una pensar amistado con la vida, y que encuentra en la confusión sagrada del pensamiento poético la vía para el rescate de una armonía perdida, como una suerte de vía unitiva o encarnación de los dos reinos separados, escisión casi suicida que desde Platón había padecido el pensamiento occidental. Si la senda de la Razón -entonces unilateral, y en este sentido metafísica-,

¹ María Zambrano: “A Virgilio Piñera”. En su *La Cuba secreta y otros ensayos* (Edición e introducción de Jorge Luis Arcos). Madrid, Ediciones Endimión, 1996, p. 259.

² María Zambrano: “Las catacumbas”. *Revista de La Habana*. La Habana, a. I, t. I (6): 527-530, febrero, 1943, y en su *La Cuba secreta y otros ensayos*. Ed. Cit.

había derivado en la imagen goyesca: *los sueños de la razón engendran monstruos*, había que sumergirse en las fuentes mismas de la vida, había que emprender una especie de viaje iniciático para rescatar las apariencias, para devolverle al pensamiento una piedad extraviada, unos saberes hasta entonces marginales, sumergidos. Había, sencillamente, que volver a empezar, ir hacia los orígenes para volver a nacer.

Ya en México, en 1939, había publicado dos libros que marcan una leve separación de su maestro, José Ortega y Gasset: *Pensamiento y poesía en la vida española* y *Filosofía y poesía*.³ Ella ha narrado a Jesús Moreno Sanz el día tremendo en que su maestro la recibió *de pie*, y ella abandonó su casa llorando. Algo se había roto para siempre. Sin embargo, más que un abandono radical, lo que sucedió fue una suerte de desvío creador. En otro texto, “María Zambrano y la Cuba secreta”⁴, describí cómo en su ensayo “A modo de autobiografía”⁵ y en *De la Aurora*⁶, la autora de *Claros del bosque* aísla el punto a partir del cual su pensamiento tomó un camino propio. En el capítulo “Los seres de la Aurora”, del libro aludido, rememora aquel “logos del Manzanares”⁷, humilde río que atraviesa Madrid. Ortega y Gasset, en el prólogo a su libro *Meditaciones del Quijote*, expresa: “Hay también un logos del Manzanares: esta humildísima ribera, esta líquida ironía que lame los cimientos de nuestra urbe, lleva, entre sus pocas gotas de agua, alguna

³ Es muy significativo que haga presidir la primera edición de *Filosofía y poesía*. México, F.C.E., “La casa de España en México”, 1939, con una extensa cita del pensador francés, Louis Massignon, tomada de un ensayo publicado en *Revista de Occidente*. Muchos años después le confesará a José Lezama Lima que Massignon es el último gran maestro que ha tenido.

⁴ Este texto es la introducción a *La Cuba secreta y otros ensayos*. Ed. Cit.

⁵ María Zambrano: “A modo de autobiografía”. En *Anthropos*. Barcelona, 1987.

⁶ María Zambrano: *De la Aurora*. Madrid, Turner, 1986.

⁷ Idem.

gota de espiritualidad”⁸. “Es un logos órfico”, dice María Zambrano, “aunque Ortega no lo presentara nunca así (...) La senda que yo he seguido, que no sin verdad puede ser llamada órfico pitagórica, no debe ser en modo alguno atribuida a Ortega. Sin embargo, él, con su concepción del logos –se refiere al *logos del Manzanares*–, me abrió la posibilidad de aventurarme por una tal senda en la que me encontré con la razón poética; razón, quizá, la única que pudiera hacer, de nuevo, encontrar aliento a la filosofía para salvarse –al modo de una circunstancia- de las tergiversaciones y trampas en que ha sido apresada”⁹. Porque en aquel prólogo aludido, Ortega hablaba, también, rememorando la escuela platónica, de la necesidad de salvar las apariencias, de descender hasta ellas y salvarlas. Y terminaba yo entonces concluyendo que un conocimiento de salvación, una vía amorosa, un logos órfico, de las entrañas, un saber unitivo o, como dijera ella, de reconciliación, una verdadera encarnación, habían sido algunas de las lecciones más perdurables que pudo fecundar en Cuba la pensadora andaluza.

En otro ensayo, todavía inédito, y que ahora desarrollo en parte aquí, “María Zambrano y la isla como utopía”¹⁰, traté de comprender el sentido de esas islitas de resurrección, suerte de “ínsulas extrañas” o luminosas catacumbas, como describiera a Puerto Rico y señaladamente a Cuba. En el prólogo a una nueva edición de *Filosofía y poesía* (1987) dejó dicho que: “Entiendo por Utopía la belleza irrenunciable, y aún la espada del destino

⁸ José Ortega y Gasset. “Lector”, en su *Meditaciones del Quijote. La deshumanización del arte*. Buenos Aires, Espasa Calpe, 1942, p.30.

⁹ María Zambrano: *De la Aurora*. Ed. Cit.

¹⁰ Ensayo leído en el Centro Cultural de España en Cuba. Aparecerá en el libro de ensayos de Jorge Luis Arcos: *La palabra perdida. Ensayos sobre poesía y pensamiento poético*. La Habana, Ediciones Unión, 2004.

de un ángel que nos conduce hacia lo que sabemos imposible”¹¹. Ella, pues, que en su momento vivió y padeció la utopía de la República española, y conoció la historia como tragedia, la íntima y la colectiva, no renunció nunca a la necesidad de la utopía. Pero ¿no es un contra sentido que si utopía es “el lugar que no existe” o “no hay tal lugar” nos lancemos siempre en su busca? Acaso la solución sea sentir la utopía como profecía, pues la profecía está en nosotros mismos, pero en lo más hondo de nuestro espíritu, en nuestra propia alma, incluso en nuestra propia carne percedera; no es algo susceptible de abstracción, de situar más allá o más acá de nosotros o de esto o aquello, que es el otro peligro que acecha a toda idea o imagen o ideología.

Siempre me ha intrigado por qué María. Zambrano, luego del fracaso de la República, cuando se exilió en América y especialmente en una isla, Cuba, transfiguró su pensamiento sin perder su anhelo de una utopía redentora. En 1940 publica en La Habana, en la imprenta La Verónica, de Manuel Altolaguirre, un curioso ensayo: *Isla de Puerto Rico (Nostalgia y esperanza de un mundo mejor)*.¹² Es decir, en plena conflagración mundial, lejos de su patria, y lejos de Europa, ella comienza a repensar la Historia y la Filosofía occidentales desde esa lejanía; historia, razón, filosofía que reconocía en crisis. En esos “tiempos de desprecio”¹³, dice citando a Tertuliano, ella rearticuló su pensamiento y encontró al fin la vía salvadora, que para ella fue la de la Razón poética, esto es, un saber de reconciliación. Por eso es tan importante volver

¹¹ María Zambrano: “A modo de prólogo”, en su *Filosofía y poesía*, 1987, p. 9.

¹² María Zambrano: *Isla de Puerto Rico (Nostalgia y esperanza de un mundo mejor)*. La Habana, La Verónica, 1940, p. 13.

¹³ M. Zambrano: “Las catacumbas”, en su *La Cuba secreta y otros ensayos*. Ed. Cit.

siempre sobre su significativo exilio, en sus orígenes americanos (México, Puerto Rico) y especialmente cubanos. Porque ella tuvo, por segunda vez, que desnacer para renacer.

La primera vez, ella la ha narrado en un libro inolvidable, *Delirio y destino*¹⁴, en el capítulo titulado “*Adsum*”, también escrito en La Habana al comienzo de los años cincuenta, cuando padeció en su primera juventud una grave enfermedad, que recuerda tanto la atmósfera poética y misteriosa de la primera parte de la novela *Jardín*, de Dulce María Loynaz; experiencia, por cierto, con que se inicia también *Paradiso*, de Lezama. Es la experiencia de un nuevo nacimiento. El *Incipit Vita Nova* dantesco, al que ella alude en *Claros del bosque*. De su sufrimiento, de sus delirios, donde incluso entrevé un “estado prenatal”, emerge su decisión de entregarse a la filosofía, al menos para tratar de comprender la frase calderoniana que preside el capítulo: “Porque el delito mayor del hombre es haber nacido”.

La segunda vez ocurre en La Habana, y su texto emblemático, el más confesional, es “La Cuba secreta” (1948)¹⁵. Ya en *Isla de Puerto Rico...* se aprecia cómo María Zambrano *redescubre* la insularidad de regreso de una utopía, en este caso política, histórica, también de vida fracasada. De regreso de una, en busca de otra. Esta la encuentra en América, otrora encarnación de las visiones utópicas renacentistas y dieciochescas. Y en unas islas, atlántidas, utopía sumergida, catacumbas, como le precisaba en su carta a Virgilio Piñera. Catacumba para preservar una luz, a la espera de su futuro renacimiento. Aquí, pues, tiene lugar su descenso órfico, creador. Orfíco, porque es un descendimiento,

¹⁴ María Zambrano: *Delirio y destino. (Los veinte años de una española)*. Madrid, Mondadori, 1989.

¹⁵ M. Zambrano: “La Cuba secreta”. *Orígenes*. La Habana, a. V (20): 3-9, 1948.

como el de Orfeo, Hércules, Odiseo, como el de Dante, para volver a ascender hacia la luz, que es lo consustancial a la experiencia de un nuevo nacimiento. Creador, porque es la imagen encarnada de su estancia, su tránsito por unas catacumbas creadoras. Su utopía perdida, pues, es transfigurada en otro ámbito, al punto de volver a mirar a su propia España de una distinta manera, que es lo que hace el sufrimiento y la lejanía, como una suerte de *ínsula extraña*, y por eso la ve como “isla más que Península Ibérica”¹⁶. Se cumple así la dialéctica de su subtítulo: nostalgia y esperanza. Su adjetivación a veces evoca la de Colón: “isla maravillosa”¹⁷, dice. Nostalgia de España y esperanza de una nueva España. Pero en su memoria creadora establece otra analogía: las islas del mar Egeo, las legendarias islas griegas (fuente de la sabiduría occidental), con las islas de las Antillas. El *mare nostrum* cambia de geografía -lo que tiene un antecedente retórico en nuestro neoclasicismo, tan bien estudiado por Fina García Marruz en su *Flor oculta de poesía cubana*¹⁸, y más profundo en el poeta cubano Juan Clemente Zenea (“mis tiempos son los de la antigua Roma / y mis hermanos con la Grecia han muerto”), o en los bellos poemas mediterráneos de Darío, cuando su estancia en Mallorca, o en el parnasianismo de Julián del Casal, o en ciertas atmósferas simbolistas y decadentes de José Manuel Poveda, ejemplos de una Grecia afrancesada, pero sobre todo en José Martí (sobre lo que ya volveré). Porque, precisa María Zambrano: “El hombre es la criatura que se define por sus nostalgias más que por sus tesoros”¹⁹. Como dice Borges del Paraíso, que lo es a fuer de ser perdido. Sí, perdido pero anhelado, diría ella. Porque el anhelo es lo más profundo de toda fe, de toda creencia verdadera. El anhelo surge pues de la pobreza, de la

¹⁶ M. Zambrano: *Isla de Puerto Rico (Nostalgia y esperanza de un mundo mejor)*. Ed. Cit.

¹⁷ Idem.

¹⁸ F. García Marruz y C. Vitier: *Flor oculta de poesía cubana (Siglos XVIII y XIX)*. La Habana, Ed. Arte y Literatura, 1978.

¹⁹ M. Zambrano: *Isla de Puerto Rico...*, Ed. Cit.

desnudez, del desamparo, como sabía Lezama. El anhelo de lo imposible, que es la mayor profecía, que no utopía, como padeció también Martí. Mas lo decisivo de este ensayo es el siguiente movimiento de su pensamiento, cuando agrega: “Toda nostalgia cuando se dirige a algo se transforma en esperanza”²⁰. Y no se olvide el título completo: “de un mundo mejor”. Hasta aquí el núcleo significativo de su ensayo *Isla de Puerto Rico...*, como una primera fase de la transformación de su pensar, donde ya estaba latente sin embargo la presencia de la isla de Cuba, como lo deja ver la dedicatoria del libro: “A José Lezama Lima, quien ha sentido y pensado sobre las islas”.

Pero ¿cómo se acerca un poeta a su propia isla? Ya Lezama, en su *Coloquio con Juan Ramón Jiménez /1937/ (1938)*²¹ –texto al que seguramente alude María Zambrano en su dedicatoria a Lezama- nos da una pauta, una posibilidad, un camino: “una sensibilidad de tipo insular no rehúye soluciones universalistas”²². No obstante, ciertas ideas se deslizan en la conversación, ya por parte de Lezama o de Juan Ramón, que nos parecen interesantes, como la de la imagen del poeta insular, o de litoral, portador de *un sentimiento de lontananza*, y el consejo del poeta andaluz, de que un poeta isleño debe *vivir hacia dentro*²³. Ambas instancias solo son aparentemente contradictorias. Es innegable la presencia de la primera en nuestra mejor tradición lírica, desde José María Heredia a nuestros días, la nostalgia de la nieve o del bosque, de un *otro mundo*; la segunda, más honda u universal, sin negar la autenticidad de aquella, ya prescinde de una

²⁰ Idem.

²¹ J. Lezama Lima: “Coloquio con Juan Ramón Jiménez”, en C. Vitier, (Comp., prólogo y notas). *Juan Ramón Jiménez en Cuba*. La Habana, Ed. Arte y Literatura, 1981.

²² Idem.

²³ Idem.

sensibilidad enfáticamente insular. En definitiva, como advierte Juan Ramón, todo hombre es una isla, cualquier lugar también. De manera que lo que interesa es cuando una sensibilidad insular se expresa como una elección creadora, como una perspectiva de la subjetividad, en busca de un sentido desconocido. Es a lo que parece aproximarse Lezama cuando se lamenta del “mito que nos falta”²⁴, y habla de la fatalidad insular, por “sus fronteras de agua”, de una “teleología”²⁵. Con su característica voluntad creadora, con su paulina fe en lo imposible, Lezama quiso convertir esa fatalidad en una alegría germinativa, y, en carta a Cintio Vitier, lo conminó “frente a la tradición que nos falta” a crear una “Teleología Insular”, “algo de veraz grande y nutridor”²⁶. Esa utopía lezamiana, sin caer nunca en un insularismo folklórico o pintoresquista, fue la que fundamentó una suerte de poética de lo cubano en Orígenes, en cada poeta con diferente expresión, y que pudiera resumirse con una frase suya: “La ínsula distinta en el cosmos o, lo que es lo mismo, la ínsula indistinta en el cosmos”²⁷. Acaso el testimonio discursivo mayor de esa voluntad lo encarne *Lo cubano en la poesía*,²⁸ de Vitier, libro tan polémico como trascendente, como testimonio poético de las diversas maneras de percibir la realidad insular -¿podría ser otra?- en la poesía cubana. En última instancia, de lo que se trata es de comprender las distintas, singulares maneras en que un poeta percibe la realidad desde su personal, intransferible insularidad.

²⁴ Idem., p. 159.

²⁵ Idem., p. 166.

²⁶ José Lezama Lima. Citado por C. Vitier en “De las cartas que me escribió Lezama”, en su *Para llegar a Orígenes. La Habana, Letras Cubanas, 1994*, p. 19.

²⁷ José Lezama Lima. “Razón que sea”. *Imagen y posibilidad*. La Habana, La Habana, Ed. Letras Cubanas, 1981.

²⁸ Cintio Vitier: *Lo cubano en la poesía*. La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1970.

Lo que quisiera recalcar es el carácter relativo pero inevitable y legítimo de estas construcciones mentales, sobre todo de las poéticas, a la hora de abordar la problemática de la insularidad. Su contenido ¿puede no portar un esencial componente utópico? No veo la manera en que se pueda eludir esa fatalidad en mayor o menor medida. Fue en ese ámbito poético y cultural cubanos -me refiero sobre todo al del grupo Orígenes, ya rebasada la fugaz poesía negra-, pero imbricado con otro epocal (repárese en los mitos contemporáneos de la españolidad, argentinidad o mexicanidad, a través de textos de Azorín, Ortega y Gasset, Unamuno, Borges, Mallea, Martínez Estrada, Vasconcelos, Paz entre otros), en que María Zambrano publicó en la revista *Orígenes*, en 1948, “La Cuba secreta”.

El contenido idílico, utópico por un lado, y por otro histórico y político, de *Isla de Puerto Rico...*, va a dar paso a una percepción más profunda. En realidad, se pasa –y es lo decisivo- de una utopía geográfica e histórica, a una utopía poética y ontológica, o metafísica. Ya ello había tenido antecedentes en el propio Juan Ramón –también en Luis Cernuda²⁹. Repasémoslos para notar luego su afinidad con los de María Zambrano. En su ensayo “Estado poético cubano”, contenido en la antología *La poesía cubana en 1936*, dice Juan Ramón.: “Cuba empieza a tocar lo universal (es decir, lo íntimo) en poesía (...) porque (...) busca en su bella nacionalidad terrestre, marina y celeste su internacionalidad verdadera”³⁰. Luego se pregunta: “¿cómo se verá desde dentro, el dentro verdadero de toda poesía que se está buscando o encontrando? ¿Qué habrá en ella, secreto y eterno,

²⁹ Consúltese “Aire de La Habana”, de Luis Cernuda, en *La Gaceta de Cuba*. La Habana, 1987, p. 22. Recogido por César López en Luis Cernuda. *Antología poética*. La Habana, Ed. Arte y Literatura, 1996.

³⁰ *Juan Ramón Jiménez en Cuba*. Ed. Cit., p. 72.

que yo no vea, no pueda ver ni hacer ver a los demás, y que la defina con precisión?”³¹ Y al final:

¿Una isla? ¿Una hermosa isla? Sí, muy hermosa. Esta vez estamos, por suerte o por desgracia para nuestra vida, en lo más hermoso. Pero bella o fea, la isla tiene que pensar, para ser ilimitada, en su límite. Para que una isla, grande o pequeña, lejana o cercana, sea nación y patria poéticas ha de querer su corazón, creer en su profundo corazón y darle a ese sentido el alimento necesario. Y para la poesía, el alimento es de cultivo más aún que de cultura, cultivo del elemento propio. Cuando el mar de una isla no es solo mar para ir a otra parte, sino para que lo pasee y lo goce, mirando hacia dentro, el cargado de conciencia universal tanto como el satisfecho inconciente, esa isla será alta y hondamente poética, no ya para los de fuera sino, sobre todo, para los de dentro. Hay que ir al centro siempre, no ponerse en la orilla a aullar a otra vida mejor o peor de nuestro mismo mundo, peoría o mejoría que puede ser la muerte.³²

Este impresionante juicio, tan contemporáneo, y que nos recuerda tanto el famoso poema de Cavafis, es complementado por esa su intuición de *lo secreto* que escapa:

La Habana está en mi imaginación y mi anhelo andaluces, desde niño. Mucha Habana había en Moguer, en Huelva, en Cádiz, en Sevilla. ¡Cuántas veces, en todas mis vidas, con motivos gratos o lamentables, pacíficos o absurdos, he

³¹ Idem., p. 73.

³² Idem., p. 76.

pensado profundamente en La Habana, en Cuba! La estensa realidad ha superado el total de mis sueños y mis pensamientos; aunque, como otras veces al “conocer” una ciudad, la ciudad presente me haya vuelto al revés su imagen de ausencia y se hayan quedado las dos luchando en mi cámara oscura. Mi nueva visión de La Habana, la de Cuba que he tocado, su existencia vista, quedan ya incorporadas a lo mejor del tesoro de mi memoria.

Desde este diario íntimo, gracias también a La Habana hermosamente escondida, al secreto de La Habana, a la tercera Habana que acaso no “veré” nunca.³³

En una carta a José María Chacón y Calvo, le confiesa que Cuba “era, pues, parte de mi ilusión”³⁴ desde que escribiera, antes de conocerla, unos antiguos poemas. Así, pues, encontramos en Juan Ramón un poco de utopía, de ilusión, también de misteriosa anticipación, de estupor ante lo secreto que no se deja poseer, y su convicción de la cualidad poética de la isla. Más profunda, sin embargo, será la visión de María Zambrano en “La Cuba secreta”.

Como es conocido el origen de este texto fue la antología *Diez poetas cubanos* (1948), compilada por Vitier³⁵, donde se agrupan por primera vez los poetas que luego serían conocidos como grupo Orígenes. No quiero detenerme aquí en el comentario de sus extraordinarias calificaciones poéticas (las que ya trato en mi ensayo “María Zambrano y

³³ Idem., p. 44.

³⁴ Idem.

³⁵ Cintio Vitier: *Diez poetas cubanos (1937-1947)*. La Habana, 1948.

la Cuba secreta”), que ya de por sí validan su texto, pues fue capaz de *ver* lo que la crítica cubana no pudo o no supo ver entonces, con la excepción de otro poeta foráneo, Octavio Paz, sino en lo más sorprendente, en su ontología, en su profecía incluso. Ningún extranjero ha sentido a Cuba tan ligada a su destino personal como María Zambrano. Así, va más lejos que Juan Ramón y ve a Cuba no como *un* secreto sino como *su* secreto, “Como un secreto de un viejísimo, ancestral amor”, al que le llama “Carnal apego”. Y ve en ella “su sombra, su peso secreto, su cifra de realidad”, que le hizo recordar, dice, “que la había ya vivido”, es decir, como un reconocimiento. Luego de reparar en algunas imágenes semejantes a otras de Andalucía, por ejemplo, que “al lado de aquel Mediterráneo, como en las orillas de este mar de La Habana, la luz y la sombra caen literalmente sobre la tierra hundiéndose”, dice su asombrosa y sibilina razón:

Pero todo eso no bastaría. Pues solo unas cuantas sensaciones por primarias que sean, no pueden “legalizar” la situación de estar apegada a un país. Algo más hondo ha estado sosteniéndola. Y así, yo diría que encontré en Cuba mi patria prenatal. El instante del nacimiento nos sella para siempre, marca nuestro ser y su destino en el mundo. Mas, anterior al nacimiento ha de haber un estado de puro olvido, de puro estar yacente sin imágenes; escueta realidad carnal con una ley ya formada; ley que llamaría de las resistencias y apetencias últimas. Desnudo palpitar en la oscuridad; la memoria ancestral no ha surgido todavía, pues es la vida quien la va despertando; puro sueño del ser a solas con su cifra. Y si la patria del nacimiento nos trae el destino, la ley inmutable de la vida personal, que ha de apurarse sin descanso –todo lo que es norma, vigencia, historia-, la patria pre-

natal es la poesía viviente, el fundamento poético de la vida, el secreto de nuestro ser terrenal.

Y así, sentí a Cuba poéticamente, no como cualidad sino como substancia misma.

Cuba: substancia poética visible ya. Cuba: mi secreto.

¿No es esta en sí misma una poesía, una ontología, una metafísica de la insularidad, de una insularidad *hacia dentro*, como quería Juan Ramón., pues incluso ella habla del esplendor de su *fysis*, es decir, de su substancia, de su carne, de su tierra, de su materialidad, “en y por la poesía”. Y continúa:

Es el instante en que van a producirse las imágenes que fijan el contorno y el destino de un país, lo que se ha llamado en la época griega –cuando no se había revelado el Dios único- los Dioses. La existencia de los Dioses no contradice a la existencia de Dios, pues los Dioses de Grecia, modelo permanente, son las poéticas esencias fijadas en imágenes, revelaciones directas de la “fysis”, instantáneas del paraíso y también del infierno.

Qué extrañas a esta luz nos parecen ahora las siguientes imágenes de Martí. Dice Fina García Marruz: “Ya Martí hablaba de *la fuerza gloriosa de las islas, que parecen hechas para recoger del ambiente el genio y la luz*, y de nuestras tierras *surgidas de aguas azules* –no de un desprendimiento continental-, lo que recuerda a Venus y al poema de Luaces

sobre la fundación mitológica de la isla”.³⁶ Y en otro texto, dice Martí: “y Grecia misma como resucitando, y Cuba, tan bella como Grecia”³⁷. Concurrentemente, María Zambrano la describe, en otro texto, “apenas posada sobre las aguas. En esta isla en la luz, más que en el mar. Luz que la guardaba a veces como en un fanal azul y a veces la dejaba al descubierto, a la intemperie del fuego solar y de la Luna. En el invierno la Isla es como una plataforma de tierra vuelta hacia los astros, como si flotara en el océano luminoso u oscuro del espacio interestelar”.³⁸

En otro momento, en una carta a Lezama desde Roma, en 1956, le confiesa: “En La Habana recobré mis sentidos de niña, y la cercanía del misterio, y esos sentires que eran al par del destierro y de la infancia, pues todo niño se siente desterrado. Y por eso quise sentir mi destierro allí donde se me ha confundido con mi infancia”.³⁹ Pero aún hay una razón más para ese su carnal apego, para su nuevo nacimiento, podría decirse, a la utopía de la Poesía, y es la que le confiesa a Virgilio Piñera, desde Puerto Rico, en 1941, en la carta ya citada. La isla como una catacumba creadora. En cierto sentido, los poetas de Orígenes, cada uno a su modo, se sentían también en una isla secreta. Eliseo Diego invocaba a “esta pequeña isla rodeada de Dios en todas partes”, mientras Lezama escribía su imponente poema “Noche insular; jardines invisibles”, por cierto, dedicado a María Zambrano, y Gastón Baquero su “Palabras escritas en la arena por un inocente”. Finalmente, Virgilio Piñera, luego de haber escrito en su juventud “La isla en peso”, donde, en contrapunto polémico con los otros poetas de Orígenes, escribía sobre “la

³⁶ Fina García Marruz. *Ob. Cit.*, p., 20.

³⁷ *Idem.*

³⁸ M. Zambrano: “Desde La Habana a París”, en *La Cuba secreta y otros ensayos*. Ed. Cit.

³⁹ M. Zambrano: “A José Lezama Lima”, en *La Cuba secreta y otros ensayos*. Ed. Cit., p. 207.

maldita circunstancia del agua por todas partes”, al final de su vida, en el mismo año de su muerte, en su poema “Isla”, expresaba:

Aunque estoy a punto de renacer,
no lo proclamaré a los cuatro vientos
ni me sentiré un elegido:
sólo me tocó en suerte,
y lo acepto porque no está en mi mano
negarme, y sería por otra parte una descortesía
que un hombre distinguido jamás haría.
Se me ha anunciado que mañana,
a las siete y seis minutos de la tarde,
me convertiré en una isla,
isla como suelen ser las islas.
Mis piernas se irán haciendo tierra y mar,
y poco a poco, igual que un andante chopiniano,
empezarán a salirme árboles en los brazos,
rosas en los ojos y arena en el pecho.
En la boca las palabras morirán
para que el viento a su deseo pueda ulular.
Después, tendido como suelen hacer las islas,
miraré fijamente al horizonte,
veré salir el sol, la luna,
y lejos ya de la inquietud,
diré muy bajito:
¿así que era verdad?⁴⁰

⁴⁰ V. Piñera: “Isla”, en su *La isla en peso*. (Compilación y prólogo de Antón Arrufat). La Habana, Ed. Letras Cubanas, 1998, p. 214.

María Zambrano se sintió, pues, en una ínsula extraña, en una Cuba secreta, en una catacumba cristiana, en un ínfero órfico; vio de nuevo a España con otros ojos como una isla, ya se sabe que por trágicas y decisivas circunstancias históricas mundiales, nacionales y personales, las cuales explican pero no deciden en última instancia el valor de sus visiones, las cuales son únicas, intransferibles y a la misma vez, por su intensidad cognitiva, susceptibles de ser compartidas por cualquier ser humano de sensibilidad afín. Eso fue lo que sucedió a la postre entre ella y los poetas origenistas, quienes se sentían en cierto sentido como marginales, clandestinos, en su propio país, y quienes detentaban como ella una poderosa vocación de conocimiento -hacían de la poesía un menester de conocimiento-, a la vez que quisieron universalizar su realidad, la que tuvieron para vivir, más que hacer simplemente literatura. Ellos querían, como ella, comprender la realidad, esa extraña *noche obscura*⁴¹ o esa indecible luz que sentían en lo más profundo de sí mismos. De ahí la no tan frecuente capacidad para desplegar una poesía del verbo encarnado, una escritura que dotaba a la poesía cubana de una nueva materialidad, esto es, una manera más profunda de mirar la realidad a secas, sin calificativos. Ellos confiaban, sin rencores o remordimientos, que ese *aquí* y ese *ahora* desde donde escribían era un aquí y un ahora cubanos y universales a la vez, como lo narra María Zambrano en “Breve testimonio de un encuentro inacabable”:

Los diez poetas del grupo Orígenes de Lezama y su revista, en cuya fundación yo tuve parte anónima y decisivamente, me fueron presentados. Me pidieron ayuda para que su labor tuviera el reconocimiento que merecía. Les prometí que así lo

⁴¹ En la introducción, “María Zambrano y la Cuba secreta”, a *La Cuba secreta y otros ensayos*, de María Zambrano, expongo muchas concurrencias entre M. Z., José Lezama Lima y Fina García Marruz en torno a San Juan de la Cruz.

haría en mis colaboraciones en revistas de prestigio de América y Europa. Uno de los diez, Cintio Vitier, me respondió: “No, María; nosotros somos de aquí, queremos ser reconocidos aquí”. Le di entonces mi primer artículo para *Orígenes*. Este ser “de aquí” resonó en mí avasalladoramente: este “aquí” era el lugar universal que yo había presentido y sentido en la presencia de José Lezama Lima, quien nunca había querido exiliarse. El era de La Habana como Santo Tomás era de Aquino y Sócrates de Atenas. El creyó en su ciudad.⁴²

Siempre me ha interesado mucho un pasaje de la novela *Primavera negra*, de Henry Miller donde el autor cita un fragmento del prefacio de la primera edición de *Robinson Crusoe* donde se invita al lector a emprender un viaje imaginario a una isla (ya sabemos que el modelo fue Tobago, en la desembocadura del río Orinoco) de esta atractiva manera: “Las maravillas de la vida de este hombre exceden todo lo conocido; la vida de un hombre no es capaz de mayor variedad”. Tenía que existir ya una isla utópica en el inconsciente colectivo para que la novela fuera leída en noventa y siete lenguas. El pasaje en cuestión es el siguiente: “Desde entonces ya no hay islas desiertas. Desde entonces, en cualquier sitio que uno nazca, está en una isla desierta. Cada hombre lleva su propio desierto civilizado, la isla de sí mismo en la que ha naufragado: la felicidad, relativa u absoluta, es ajena a la cuestión. Desde entonces todo el mundo huye de sí mismo para encontrar una imaginaria isla desierta, para revivir este sueño de Robinson Crusoe”.⁴³

⁴² María Zambrano: “Breve testimonio de un encuentro inacabable”. En José Lezama Lima: *Paradiso*, edición crítica. Cintio Vitier, coordinador. Colección Archivos, Madrid, 1988.

⁴³ Henry Miller. *Primavera negra*. Bruguera /Alfaguara, p. 50-51.

Ahora bien, ¿cuál fue el saldo creador, puntual, de María Zambrano, al menos en Cuba? Ya en mi compilación *La Cuba secreta y otros ensayos* (1996), traté de reconstruir bibliográficamente, la enorme importancia de su estancia en Cuba, donde publicó más de sesenta ensayos, y en donde escribió total o parcialmente varios libros, amén de sus innumerables conferencias, cursos, etc., aparte de propiciar una de las zonas más significativas de su copioso epistolario, sobre todo el mantenido con José Lezama Lima, Cintio Vitier, Fina García Marruz y José Rodríguez Feo⁴⁴, así como con otros importantes intelectuales: Jorge Mañach, Medardo Vitier, Virgilio Piñera y Camila Henríquez Ureña. En Cuba, y muy señaladamente a través de su relación personal e intelectual con los poetas del grupo Orígenes, María volvió a revivir su experiencia de juventud con muchos de los poetas de la generación del 27, como la narra en *Delirio y destino*. Pero repárese en que no fue simplemente una nueva relación con un grupo de poetas, sino con un grupo de poetas con los que logró una afinidad de raíz. Como es conocido, una buena parte de estos poetas, José Lezama Lima, Cintio Vitier, Eliseo Diego, Gastón Baquero, Fina García Marruz y Octavio Smith esperaban todo conocimiento de una interpretación poética de la realidad. En realidad hubo una mutua fecundación. Orígenes ha sido el movimiento poético que, al menos ámbito iberoamericano, desarrolló con mayor profundidad y con más capacidad de penetración en lo desconocido, un pensamiento poético de alcance cosmovisivo. Católicos como María Zambrano, los origenistas integran a su poesía, aquello que, al decir de María Zambrano, “en el cristianismo es vida, caridad, misericordia, encarnación”. Asimismo, si

⁴⁴ Estas cartas pueden consultarse en *La Cuba secreta y otros ensayos*. Ed. Cit. La Editorial Pre-Textos prepara la edición, hecha por Javier Fornieles, de la correspondencia cruzada de José Lezama Lima, Cintio Vitier y Fina García Marruz con María Zambrano. En el primer número de la revista *Unión*. La Habana, en su edición de enero, febrero, marzo del 2004, se darán a conocer, con nota introductoria de Jorge Luis Arcos, once importantísimas cartas inéditas de María Zambrano a José Rodríguez Feo.

los origenistas tratan e aprehender la historia a través del conocimiento poético, ello sucede porque, como también expresaba María Zambrano, lo hacen “no por la pura razón sino por la razón poética”.⁴⁵

Para concluir, sólo quiero añadir que fue en Cuba donde la futura autora de *Claros del bosque*, le confirió, de una manera definitiva, una orientación diferente a su pensamiento, que luego continuaría desarrollando en Roma y en Ginebra. Siempre he pensado que su extraordinario libro *El hombre y lo divino*⁴⁶, escrito en parte en Cuba, fue, a la vez que su adiós a un discurso filosófico expresado más o menos a la manera tradicional, su apertura hacia una nueva manera de expresar su sabiduría. En este sentido esa su *Cuba secreta* fue una auténtica catacumba creadora, donde pudo además rearticular su utopía, la *irrenunciable*. No es casual que en una carta a Cintio Vitier, fechada en 1979, le diga: “Y así lo que yo les daba era lo que en mí ardía, la llamita de la resurrección ya, que no habría ardidido en mí con tanta inocencia si ustedes no la hubiesen abrigado, abrigando la mía por abrirla ya en el fondo de su ser individual y de su historia o modo de vivirla, la historia prometida, la única cierta, la única que pudo arrancarnos del paraíso preparado ya para ello (...) Para mí, en mí aquel tiempo es campo de resurrección”.⁴⁷

Y, por su parte, José Lezama Lima, refiriéndose a los años de Orígenes, le escribió el 31 de diciembre de 1975, apenas unos meses antes de morir:

⁴⁵ María Zambrano: *Pensamiento y poesía en la vida española*. México, F.C.E., “La Casa de España en México”, 1939, p. 38.

⁴⁶ Idem, p. 71.

⁴⁷ María Zambrano: “A Cintio Vitier y Fina García Marruz”, en *La Cuba secreta y otros ensayos*. Ed. Cit., p. 276.

Desde aquellos años usted está en estrecha relación con la vida de nosotros; eran años de secreta meditación y desenvuelta expresión. La veíamos con la frecuencia necesaria y nos daba la compañía que necesitábamos. Eramos tres o cuatro personas que nos acompañábamos y nos disimulábamos la desesperación. Porque, sin duda, donde usted hizo más labor de amistad secreta e inteligente fue entre nosotros. De ahí empezábamos a verla con sus ojos azules, que nos daban la impresión de algo un tanto sobrenatural que se hacía cotidiano. Yo recuerdo aquellos años como los mejores mi vida. Y usted estaba y penetraba en la Cuba secreta, que existirá mientras vivamos y luego reaparecerá en formas impalpables tal vez, pero duras y resistentes como la arena mojada”.⁴⁸

⁴⁸ José Lezama Lima: “Carta a María Zambrano”, en *Cartas (1939-1976)*, introducción y edición de Eloísa Lezama Lima. Madrid, Ed. Orígenes, 1979, p. 78-79.